

Discurso Ms. para el Doctorado

Legajo 20 n 371

Tesis de Doctorado  
de

D. Cristobal Rodriguez Fenorio y Gonzalez  
Licenciado en Medicina y Cirugia  
en la Facultad de Medicina de Badiz

Co. 2544

(1874)

1880.

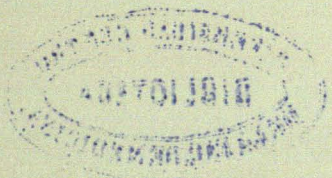


81-8-A-N. 2

Del estado, tendencias y  
provenir de la terapéutica

Por  
Cristobal Rodriguez Fenorio y Gonzalez

Licenciado en Medicina y Cirujia  
en la Facultad de Medicina de Cadix



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5315399096

618554921

225618202

Madrid 16 de Diciembre de 1880.

Mi Señor



Nunca mejor que ahora, he podido convencerme de la escasez de mis conocimientos, y de cuán reducidos son los límites de mi pobre inteligencia.

Bien quisiera presentáros, como es costumbre en estos solemnes momentos, un completo y erudito trabajo; mas careciendo de las condiciones necesarias para ello, nada versado en la argumentación que indispensablemente requiere toda composición oratoria; me veo en la impres-

inclible necesidad, de proclamar vuestro constante benevolencia, á cuyo recurso me acijo, como el angustiado náufrago se ase á la tabla que espera se conduzca á la suspirada ribera

Del estado, tendencias y porvenir de la terapéutica; es el estudio de que voy á ocuparme, esforzándome en demostrar lo útil y ventajoso del conocimiento de este importante punto de las ciencias médicas. Este estudio nos ofrecerá, al propio tiempo que un motivo de gran satisfacción por los rápidos progresos hechos desde principios de este siglo, otro de sentimiento no menos vivo, al convencernos de que esta marcha hacia lo mejor, por sensible que sea, encuentra mil trabas artificiales y arroviables ciertamente, pero que no permiten producir todos sus frutos á la acti-

vidad que nuestra generación pone al servicio de la terapéutica

Es un legítimo motivo de orgullo para la medicina contemporánea hacer la enumeracion de sus recursos, y éstos aumentan con tal rapidex que, sólo desde 1830, han podido publicarse tres obras que tenían por único objeto el dar á conocer y juzgar estas adquisiciones contemporáneas de la terapéutica.

No es mi ánimo negar que en este aumento de recursos medicamentosos, no haya mucho vidrio y oropel; pero en medio de una multitud de agentes superfluos ó ensalzados inmerecidamente, ¡cuántos medicamentos preciosos y capaces de llenar indicaciones, ante las cuales nuestros detractores estaban casi desarmados! Un siglo que ha presenciado el descubrimiento

de los alcaloides vegetales, que ha encontrado la quinina, la morfina, la estrigina, que ha hecho entrar en la terapéutica al iodo, al aceite de hígado de bacalao; que ha descubierto las maravillosas propiedades del cloroformo y de los éteres anestésicos, que ha sabido sacar partido del bromuro potásico y del cloral, etc., no es un siglo al que hayan faltado la actividad, ni fortuna.

Esta fecundidad es de buen agüero para el porvenir; se explica, en efecto, por los progresos en las ciencias auxiliares a quienes la farmacología va a pedir sus agentes, y el vuelo de este progreso dista mucho de pararse.

La farmacología en si misma considerada, ha realizado en estos últimos años verdaderas conquistas, merced a los notables adelantos de la química, su compañera insepara-

2.

ble en la via del progreso; esta es una verdad demostrada y demostrable facilmente, y con efecto; la ciencia de los Thénard y Los Berzelius; la química, esa luminosa antorcha que conduce al clinico por el tenebroso y difícil sendero de la investigación científica, ha realizado, y sin duda alguna está llamada a realizar la mayor parte del progreso de que es susceptible la biología, conservando sin embargo su caracter de simple auxiliar, proporcionando al médico medios de exploración, a la terapéutica medicamentosa, y al organismo los elementos materiales que necesita para sus ultimas y misteriosas elaboraciones químico-fisiológicas; la química, sometiendo todas sus observaciones al fallo decisivo del tribunal supremo de la clinica, sin que en terapéutica se sea permitido aventurar juicios, sino deducir consecuencias

de lo experimentado u observado, aumenta el grado de certidumbre de nuestra ciencia, y la confianza en los medios que nos proporciona

El descubrimiento de los alcalóides o principios inmediatos básicos de los vegetales, ha enriquecido de tal modo el arsenal de los recursos farmacológicos, y simplificado los procedimientos de administración y de investigación científica hasta tal punto, que no solo somos tributarios a la química del progreso realizado en la práctica, sustituyendo a los polvos, cocimientos y tisanas de difícil empleo, el uso fácil y económico de las sales alcaloides a que aquellos deben en gran parte sus virtudes medicinales, sino que descomponiendo la acción fisiológica que el vegetal produce, podemos por medio de los alcalóides, in-

dividualizar la que corresponde a cada uno de ellos, y utilizarlos según convenga en el tratamiento de las enfermedades

La agregación de los radicales compuestos etilo y metilo, a los alcalóides, constituyendo los procedimientos llamados etilización y metilización, influirá muy ventajosamente sobre la materia médica, permitiendo en los nuevos compuestos que se forman, cambios moleculares que disminuyan la actividad de ciertos medicamentos. Tratados los diversos alcalóides, coniina, estrignina, morfina, etc., por los ioduros de metilo, de etilo, de amilo, o de otros radicales alcohólicos, se obtienen compuestos nuevos, cristalizables, llamados ioduros de metil-etil o amilconiina, estrignina, morfina, etc., que se distinguen de los alcalóides simples

por su gran solubilidad, y sobre todo, por su manera de obrar sobre el organismo. Investigaciones recientemente emprendidas con este objeto por Brown; Kohler; y Joyet en Inglaterra, Alemania y Francia respectivamente; han demostrado por ejemplo, que la morfina que ordinariamente produce movimientos convulsivos, metilizada, produce fenómenos opuestos, entre otros, la parálisis motora; otro tanto acontece con la estrignina, que por este medio llega á ser un precioso sucedáneo del curare; y con la combinación del cloro, oxígeno y etilo, con el citado alcaloide constituyendo el cloruro de oxi-etil-estrignina, compuesto citado ya por el Dr. Rabuteau, como paralis-motor; deduciéndose de todos estos estudios, que los derivados alcohólicos de los alcaloides, extinguen los movimientos, paralizan-

3.

do las extremidades periféricas de los nervios motores, y dejando integra la sensibilidad e irritabilidad musculares. El arsénico combinado con el oxígeno ó con el hidrógeno arsenical, es como todo el mundo sabe, eminentemente venenoso; agréguese el carbono, y sin más que cambiar el estado molecular de aquellos cuerpos, se formarían compuestos como el ácido cacodílico, y las combinaciones tetra, etil-arsenicales, que son completamente inofensivas.

Los procedimientos de nitrificación y clorificación, ó sea la adición del ácido nítrico y del cloro á diversas materias orgánicas, con el objeto de producir sustituciones moleculares, han producido compuestos tan útiles á la materia médica, como la nitro-bencina, el ácido picroico, la piroxilina que bajo la forma de co-

Iodina tantas aplicaciones tiene en manos del médico; el hidrato de cloral, el cloroformo y otra multitud de derivados que han de realizar grandes progresos en la terapéutica. El cloral, descubierto por Liebig, y usado después por Liebreich, ha sustituido con gran ventaja al anestésico-quirúrgico en sus aplicaciones a la patología médica, por su acción dinámica general. La glicerina, alcohol triatómico, descubierto por Scheele, y llamada principio dulce de los aceites, combinada con los ácidos grasos en la sustancia de esta índole, se ofrece al médico como uno de los más útiles agentes farmacológicos, por cuyas propiedades emolientes, antipútridas y cicatrizante, así como por ser disolventes de cuerpos, tales como el iodo, fósforo y azufre, las resinas, los alcaloides, y multitud de

sales metálicas, y por servir de excelente intermedio; haciendo miscibles sustancias que de suyo no lo son, en medicina, cirugía y farmacia, ha llegado a ser un agente indispensable. Tratada la glicerina por el óxido de fósforo, forma un compuesto nuevo llamado ioduro de alilo, que sometido a la acción de un sulfocianuro metálico, da origen al sulfocianuro de alilo que es justamente el principio activo y volátil de la mostaza. Disuelto en la glicerina el sulfato de cobre y la potasa, se obtiene un líquido de un hermoso color azul, empleado en fisiología como precioso reactivo de las peptonas, al contacto de las cuales cambia su color en rojo intenso; es la glicerina además un precioso disolvente de los fermentos digestivos pepsina y pancreatina, como lo ha demostrado el Dr. Wittich



La destilacion seca de la breca vegetal y de la uña, proporciona a la materia médica la creosota, y el ácido fénico, que forma los fenatos alcalinos tan usados en la actualidad.

Los admirables procedimientos de síntesis orgánica, que caracteriza la vida cada día mas floreciente de la química moderna, permiten vislumbrar un porvenir fecundísimo en aplicaciones a las ciencias médicas, y principalmente a la terapéutica, cuyo arsenal farmacológico se vá lentamente enriqueciendo con multitud de compuestos artificiales, entre los cuales figuran algunos alcaloides; sirven de ejemplo la propylamina, la Trimethylamina y otros amoniacos compuestos, en que el hidrógeno está substituido por el propyleno, el metileno, etc.

Descubierto por Scheele el ácido cianhidrico en el agua de almendras amargas, y en la de laurel ceriseo, se sustituyen hoy muy racionalmente por dicho agente químico aquellas soluciones empíricamente empleadas hasta entonces, con gran peligro del enfermo y de la reputacion del profesor, por contener proporciones tan variables del mismo, que hacen difícil su dosificacion; nos advierte además este descubrimiento, las precauciones que conviene tomar con el empleo de los loaks, por la almendra amarga que entra a formar parte de su composicion, para evitar asociaciones e incompatibilidades químicas que pudieran ser trascendentales.

La variable proporcion de morfina que las diversas suertes comerciales de opio contienen, hacen unas veces infiel, y otras peligroso

el empleo del extracto tebáico a determina-  
 las dosis, por cuya razon, indicada la  
 morfina, ella es la que debe administrarse  
 convenientemente dosificada; ocasiones  
 hay sin embargo, en que la accion del  
 opio en sustancia, como la de la cortexa  
del Perú, no puede ser sustituida por nin-  
 guno de sus alcalóides, a pesar de la se-  
 ductora sencillez con que nos brinda el  
 conocimiento de su composicion quimica.

Pero no se ha con-  
 tentado con esto la ciencia de las afini-  
 dades; enorgullecida con los poderosos me-  
 dios de investigacion de que dispone, y  
 con el laudable objeto de ser cada dia  
 mas útil a la ciencia médica, ha queri-  
 do descorrer el velo que oculta ciertos  
 misterios, penetrando en el santuario  
 de la organizacion animal y vegetal,  
 para descubrir el secreto de las compo-  
 siciones y descomposiciones que se verifi-

can en el admirable laboratorio quimi-  
 co-viviente durante el ejercicio funcional  
 de los órganos, creando la nueva fase de la  
 quimica llamada biológica

Pretende sorprender a  
 la naturaleza en el acto de formar, no  
 sólo los principios proteicos o albuminoi-  
 deos, sino los elementos anatómicos u or-  
 ganizaciones rudimentarias, con el obje-  
 to de imitarla. ¡Esfuerzo vano! Este es  
 precisamente el limite del poder hu-  
 mano; el molde en que la materia orgá-  
 nica se vacia, para adquirir forma de-  
 terminada y cambiarse en materia  
 organizada, le tiene reservado sin du-  
 da el Hacedor Supremo. La quimica  
 moderna no retrocede sin embargo en  
 su temeraria empresa; y a la mane-  
 ra como los alquimistas persiguiendo  
 un fantasma, encontraron la reali-  
 dad de la ciencia quimica; esta, so-

mando sin duda en una ilusión, ha realizado adelantos verdaderamente sorprendentes, sin haber logrado por esto el fin de sus aspiraciones; esto cierto que con esta vez el procedimiento empleado por la naturaleza para la formación de los alcalóides, y otros principios inmediatos que hoy se preparan artificialmente; y quizá estamos próximos a conocer el modo como se elaboran las sustancias proteicas; puesto que encerrados en pequeños tubos, principios neutros no azoados como celulosa, goma, glucosa, y expuestos a una temperatura elevada en presencia del amoníaco, han llegado a formarse compuestos cuaternarios, cuya putrefacción desprende gases tan fétidos como los que proceden de la descomposición putrida de la albúmina, fibrina y principios alcalóides, pero nunca

5.

elementos celulares. Los ácidos valerianico, salicílico, succínico, láctico, benzoico y otros, se obtienen hoy artificialmente por procedimiento de síntesis, en mayor grado de pureza y a precio mas económico

Debese a la química el procedimiento para obtener el fosfo-carbonato cálcico, procedente de los huesos, que con el nombre de fosfato de cal gelatinoso, existe en los formularios y farmacopeas; y la fosfolina, sustancia grasa fosforada, procedente de la médula oblongada de la vaca o del carnero; principios animalizados ambos, tan útiles en el tratamiento del raquitismo, y de las enfermedades de los centros y conductores nerviosos, que dependen de la falta de suficiente proporción de las materias grasas fosforadas, precisas a su composición y constitución organizada

Finalmente; la química auxiliada por el microscopio ha llegado á descubrir los cuerpos mas inmediatamente necesarios á la génesis celular, demostrando, que allí donde toma origen un elemento anatómico, allí donde se forma un proto-organismo, en cualquier parte en fin, donde la materia orgánica adquiere forma determinada y verifica su misteriosa transformación en materia organizada, allí preside un tribunal formado por una sustancia albuminóidea, una gotita de materia grasa, un poco de glucosa, y una película de fosfato de cal, como verdaderos miembros del congreso organizador de la materia, que reunidos en sesión secreta, á puertas cerradas y bajo la presidencia de la vida, fallan el mas admirable de los procesos, el de la célula-génesis ó forma-

ción celular; descubrimiento sublime y del que tanta utilidad reporta la terapéutica de las enfermedades caracterizadas por el empobrecimiento de la nutrición

El análisis químico, tanto inmediato como elemental, proporciona á la investigación de la verdad terapéutica un auxilio de inestimable valor. El conocimiento de la pureza, composición y preparación de las sustancias medicinales, así como el de los medios de comprobar su presencia, ya en la sangre, en el quilo ó en la linfa, ya en los productos de secreción, excreción y extracción del hombre ó de los animales sometidos á la experimentación, es objeto exclusivo del análisis químico, que demuestra de este modo, no solo la bondad del medicamento, sino su absorción, circulación y eliminación; las alteraciones espontáneas, adulteraciones y sofisticacio-

nes que pueden experimentar, ó de las que pueden ser objeto los agentes terapéuticos, solo pueden descubrirse por este medio; como igualmente las oxidaciones, reducciones y desdoblamientos, en una palabra, las acciones y reacciones químicas que pueden tener lugar con su mezcla con los líquidos del organismo, así como la naturaleza y composición de los nuevos compuestos que se forman, y la índole de las alteraciones que pueden sufrir en su composición los tejidos y humores de la economía, influidos por los agentes medicamentosos.

Comprueba fácilmente el análisis químico la presencia del arsénico, del cobre, del zinc y del estaño, en las limaduras de hierro, el azufre en el hierro reducido por el hidrógeno; el sublimado corrosivo en los calomelanos, el ioduro mercurico en el mer-

6. curioso; el iodato de potasa en el ioduro de la misma base; el cloro libre, los cloruros y el alcohol en el cloroformo; el arsénico en los compuestos antimonioales, etc., etc., así como demuestra las adulteraciones y sofisticaciones del opio, de la quina, del sulfato de quinina, del aceite de hígado de bacalao, del de ricino, del castoreo y de todas las sustancias de libre comercio. Demuestra igualmente el análisis la absorción, y eliminación de los alimentos y sustancias medicamentosas por los diversos emunctorios, el tiempo que persiste, la prontitud ó tardanza con que aparecen en los productos de secreción los medicamentos administrados; la rapidéz ó lentitud de su eliminación; y de este modo nos permite discurrir acerca de la relación que existe y puede haber entre el empleo del agente medicinal y los

cambios producidos en el curso de la enfermedad

Tambien la fisica en la esfera de su accion se esfuerza en rivalizar con la quimica, y el éxito con que ha disciplinado en ingeniosos aparatos los diversos órdenes de corrientes ~~elásticas~~ para hacer de ellas medicamentos, no es otra cosa que el preludio de los servicios que prestará á la Terapéutica.

La botanica, mejor estudiada y utilizando la facilidad actual de comunicaciones que ensancha más y más el dominio de sus riquezas, no cesa de proporcionar al arte de curar medicamentos de gran valia, y todas las floras le rinden, con mayor actividad que nunca, el benéfico tributo de sus riquezas.

Aun las mismas

artes mecánicas responden por el inusitado desarrollo de actividad ingeniosa, y algunas veces tambien por el empleo de primeras sustancias que faltaban á nuestros antecesores, á este llamamiento de una Terapéutica tambien impaciente por marchar hacia delante. ¿Hay necesidad de citar la litotricia, que solo es practicable por el perfeccionamiento instrumental; los braqueros que han suprimido las cruentas operaciones para la curacion de las hernias; los aparatos de tejidos elásticos, convertidos en medios de compresion tan exactos como inofensivos; las mil aplicaciones á que se presta el caoutchout; la ingeniosa inventiva que despliega la prótesis quirúrgica bajo todas sus formas?

Como seré, la terapéutica dispone en nuestra época de recursos que el siglo XVIII no podría

sonar para sí. No todas estas adquisiciones tienen el mismo rango de utilidad, hay algunas que la boga abandonaría y que se resaltarían en el olvido; pero ya he dicho que no hay que quejarse de estos fracasos, puesto que hay muchos ejemplos que nos demuestran que medicamentos desdenados por un examen superficial, han revelado más tarde, a un terapeuta que ha sabido interrogarlos, mejores propiedades, que antes no se le suponían; por otra parte, a medida que la terapéutica avanza en el estudio particular de los medicamentos, trazará mejor su individualidad clínica, y marcará, entre agentes del mismo grupo, y, en apariencia, equivalentes, distinciones que no se es posible comprender hoy

Pero es destino de la

7.

Terapéutica (como de la humanidad), el pagar todas las ventajas que recibe, e indudablemente el entusiasmo que ha tenido y tiene aún por hallar medicamentos nuevos, ha perjudicado a su estudio clínico y esta fiebre farmacológica por una parte ha inspirado a los prácticos costumbre de una intervención turbulenta no siempre favorable a los intereses de los enfermos, y los ha alejado, por otra, de la noción, tan profunda en la medicina de los tiempos pasados, de lo que pueden los medios higiénicos para producir, en el estado de enfermedad, cambios de gran importancia. Hay en el manejo de medicamentos, que obran pronto y acusan de una manera expresiva el poder del médico, algo que conviene a la idea, sin duda exagerada, que tenemos de nuestra potencia, a nuestro

andar precipitado, á la impaciencia que nos obliga á sustituir nuestra acción, pronta é imperiosa, á la de la naturaleza, siempre mas lenta, y en la cual nos vengamos hoy de la exagerada autoerancia que se concedia la medicina de los Tiempos pasados. Y no es solamente la impaciencia de toda autoridad la que nos lanza á abusar del medicamento; tambien los médicos, como los enfermos, nos hemos hecho nerviosos; queremos suprimir el tiempo en medicina, y de aqui un singular abuso de las fórmulas

Pero la exageracion pasaria, y las adquisiciones farmacológicas útiles quedarían para los terapeutas que no olviden que el medicamento no lo es todo, y que sin la higiene terapéutica no se puede gran cosa, aun en las enfermedades

des agudas

No son pues, medicamentos los que nos faltan, sino mas bien principios terapéuticos; así, é no sacamos todo el partido posible de estos recursos aumentados, de estos medicamentos mejor estudiados en sus propiedades intrínsecas, disciplinados por una fisiología más sabia, cuya acción, selectividad y modos de eliminacion han sido objeto de minuciosos experimentos de laboratorio? Lo creo que no; y estas trabas, puestas al progreso de la terapéutica clinica, que no sigue, sino con lentitud, los progresos de la farmacología, son las que debo esforzarme en poner de relieve

Indicaré en primer lugar, cuán perjudicial es á los enfermos la sensible separacion que se establece en terapéutica entre



los medios higiénicos y los farmacológicos. Es verdad que cuando tratamos una enfermedad y le oponemos uno ó muchos medicamentos, les asociamos algunas precauciones higiénicas; pero esta es una higiene comúnmente rutinaria, insuficiente, que ni sabe lo que quiere ni lo que puede, y que no es, en cierto modo, más que el acompañante tradicional, consagrado, de una prescripción medicamentosa. En cuanto á esa higiene concienzuda, que abarca en su solitud todas las condiciones del medio en que vive un enfermo, y las modifica parcial ó totalmente, á fin de hacerlas concurrir á un resultado terapéutico, puede afirmarse que, en general, el sentimiento de su importancia ha disminuido en nuestros días de una manera notable, por

8.

mas que sea triste el confesarlo.

Nuestros antepasados con una medicina mucho menos científica y peor armada, aprovechaban maravillosamente los recursos de la higiene. Así vemos con admiración en sus obras prescritos posológicamente y dogmáticamente dosificados, el aire, los alimentos, el sueño, los ejercicios y aun los movimientos del alma, como nosotros dosificamos la veratrina, la quinina, la morfina etc., esta era la verdadera, la gran medicina que se apoderaba magistralmente del medio en que vivía el enfermo; lo tenía en cuenta todo, proveía á todo, á las cosas grandes como á las pequeñas; daba á los más ínfimos detalles una conmovedora importancia, que ha podido ridiculizar la sátira, pero cuya utilidad sentían los enfermos, y que no creía necesario recurrir siempre á los medicamentos para hacer medicina activa.

Admira ver la importancia que en sus obras concedían a la higiene. Conviene que pensemos seriamente en esto, de la misma manera que la causa de los trastornos de la salud se halla en todas partes. En el aire que respiramos; en los alimentos con que reparamos nuestras pérdidas; en la preponderancia viciosa de actividad que damos a tal o cual órgano, a tal o cual función, o en el exagerado reposo a que los condenamos; en las condiciones del suelo en que vivimos, de la misma manera también encontramos por todas partes los medios para conjurar tantos males; en los agentes físicos que bañan nuestros órganos; en el ejercicio metódico de nuestras ruedas funcionales; en las circunstancias meteorológicas del medio en que vivimos, a lo menos tanto como en la acción de esos terribles venenos que la ciencia ha convertido en armas de salud. Encerrar la

Terapéutica en un frasco rotulado, es cortar un ala... y la mejor; esto es animar voluntariamente nuestros recursos y preparar el camino de las defensiones interesadas.

Indudablemente no han variado mucho las cosas desde esta época; y habiendo persistido y acentuándose más aún las condiciones filosóficas, cuya influencia sobre la desaparición de la higiene terapéutica ante la terapéutica medicamentosa señalaba, no era posible que se restableciese la equitativa repartición de la terapéutica entre la farmacología y la higiene; sin embargo las tendencias en esta dirección empiezan a apuntar; y la higiene terapéutica, saliendo de las preocupaciones que la han desacreditado hasta aquí, aparece ya en los escritos de algunos terapeutas como un cuerpo de conocimientos precisos que llevan el sello del método experimental.

Esta separacion de la farmacologia y de la higiene, que es completamente artificial y que es necesario procurar que desaparezca lo antes posible, se halla sostenida por el titulo de las obras que, bajo el nombre de Terapéutica, solo tratan de medicamentos, como si los agentes higiénicos no fuesen por si solos capaces de reaccionar enérgicamente sobre el organismo y hacer volver al estado normal, del que la enfermedad le habia alejado. La terapéutica se compone de farmacoterapia e higieterapia, y no debe aislar, ni en la cátedra, ni en los libros, ni en la práctica, estos dos órdenes de recursos, que están llamados a suplirse, que se prestan un apoyo mutuo, y cuya reunion puede solamente dar al arte todo su poder.

Este es uno de los as-

9.

pectos de esa alianza entre el progreso y la tradicion, que la Terapéutica de nuestra época tiene tanto interés en cimentar. Hay en esto una cuestion, en la cual son faciles los errores, y que, de lo, en cuanto sea posible, poner al abrigo de todo equívoco.

La ruptura de la medicina contemporánea con la medicina Tradicional es puesta en duda, sobre todo, por aquellos que son los artistas principales; pero no hay más que ver actualmente, sin prevencion, sin espíritu de partido, como marchan

las cosas, para convencerse de que la serpiente de Epidaurus se ha dividido en dos troncos, que no hacen grandes esfuerzos por reunirse.

La terapéutica contemporánea, dejándose arrastrar por la embriaguez que explica en cierto modo sus adquisiciones recientes, hace caso omiso de lo que existía antes de ella. En medicina no profesamos precisamente el culto de los chinos por lo antiguos, y porque marchamos a un paso actualmente rápido nos mostramos algún tanto olvidadizos e ingratos con la obra de los siglos que han precedido al nuestro. Si no nos encontraríamos subido sobre sus hombros, ¿veríamos los horizontes que hoy descubrimos, y hacia los cuales marchamos con toda resolución? Hay que convencerse de que vivimos de un patrimonio antiguo y laboriosamente

acumulado, y que somos injustos llamándonos los hijos de nuestras obras terapéuticas; tenemos, en efecto, por antepasados toda la generación de espíritus que han vivido antes que nosotros, y que tienen el derecho de reivindicar su parte en esta paciente y secular generación del progreso.

¿Es esto decir que haya que hacer caso omiso de las investigaciones modernas para entregarnos a la meditación y cultura exclusiva de los antiguos? No; pero creo que tampoco es permitido hacer abstracción de ellas, y que las enseñanzas prácticas, muy luminosas, en que abundan, en medio de teorías vanas, de utilidades escolásticas, de teorías vanas, de estériles meditaciones, tributo fatalmente pagados por los más preclaros ingenios a los errores de su tiempo (esperemos nosotros tam-

bien el juicio del siglo XX), constituyen un manantial, á que la medicina moderna debe otra cosa que desdenes, y en el cual no puede dispensarse de beber. Indudablemente los médicos que nos han precedido hacían muchas veces un diagnóstico local muy imperfecto; pero si el microscopio, el reactivo, el termómetro, el esfigmógrafo, el estetoscopio, etc., les faltaban, hacían el diagnóstico del estado general (una de las dos grandes fuentes de las indicaciones, la mayor tal vez) con tanto arte y atención como nosotros, no pudiendo por esto ser considerados como necesariamente erróneos los resultados terapéuticos que anunciaban; es cierto que no disociaban, como nosotros, los elementos activos de los medicamentos compuestos; pero nos presentan aún en esos medicamentos complejos, en esas triacas naturales, como

50.

los ha llamado Conssagrives, observaciones clínicas, que conservan hasta aquí lo que tenemos de más preciso y demostrativo. Así es, para no citar más que un ejemplo, que si quiere tenerse una noción exacta de la acción y efectos del opio distinguido de sus alcaloides, hay que ir á inspirarse en la obra de Chaltes. De la misma manera las restauraciones terapéuticas que sacan á luz todos los días tal ó cual medicamento, olvidado ó desechado de nuestra práctica habitual, son otros tantos homenajes rendidos á la medicina antigua, y pruebas de lo perjudicial que sería á la medicina moderna el aislamiento.

Bien sé que se protesta en alta voz contra estas tendencias separatistas, pero, ¿qué importan las protestas cuando los desmienten los hechos? Bien puede decirse que si los

Lazos que deben unir la tradición al progreso no se hallan completamente rotos, no tardarían en estarlo. Es cierto que aún no se ha hecho la torpe declaración de que es necesario acabar con la medicina tradicional, pero muchos lo creen, ó á lo menos obran como si lo creyesen, y los mas moderados la cubren en los pliegues de una simple indiferencia. Seguramente que falta tiempo para esta conciliación deseada en la época de aceleración en que vivimos; pero no menos que el tiempo, falta la afición para un comercio diario con esos grandes espíritus que han pagado indudablemente su deuda de falibilidad y de errores al siglo en que vivían, pero que muchas veces se han visto iluminados por esos vivos resplandores del genio que, una vez encendidos, no se extinguen jamás. Esta lenta y progresi-

va infancia de la verdad es la gran ley de su evolución, en medicina como en las demás ciencias. Cada época hace su obra, pero no relega á la historia, como hace con una ley, que se deroga, la obra que le ha precedido. Que nuestro siglo, que parece haber recibido en medicina como en historia, una misión crítica, pase cuidadosamente por la criba á la terapéutica de nuestros antepasados, nada tiene de extraño; este es su derecho y su deber, pero no crea que todo lo que se ha hecho anteriormente á él en terapéutica ha de carecer en absoluto de certeza y precisión; esto sería faltar á la verdad y á la modestia. ¡ Ah, no es mucho hacer el unir nuestros recursos á los de los tiempos que nos han precedido, para luchar eficazmente contra las dificultades y exigencias de la práctica!

Una de las razones que se invocan para justificar el desdén con que se mira la terapéutica de los tiempos pasados, es la facilidad con que aceptaba el yugo de los sistemas, como si la terapéutica de nuestros días se hallase libre de servidumbres de este género. Los sistemas no mueren; pasa su dominación en lo que tenía de imperiosa y excesiva; pero se hallan dotados de una tenaz facultad de resurrección, y reaparecen de tiempo en tiempo disfrazados con un nombre nuevo, pero siempre los mismos para el que sabe atravesar la superficie y ver lo que hay de per-

.55.

manente bajo la movilidad de las formas exteriores

¿Quéil me sería demostrar que todos los sistemas que han hecho pesar su yugo sobre la terapéutica, en las diversas etapas de su historia, se hallan aún vivos

Ella ha sido presa del mecanicismo durante el transcurso del siglo XVII, acusando así esta ley, siempre comprobada, que hace sufrir a la terapéutica el yugo de la ciencia, cuya influencia acaba de predominar. M. Boyer ha demostrado perfectamente la filiación natural que ha ligado el iatro-mecanicismo personificado en los nombres de Borrelli, Baglivi, Bellini, Piteauro, etc., a los memorables trabajos de Galileo, Newton y Descartes. Nadie podría desconocer la restauración agresiva

de las teorías iatro-mecánicas en fisiología y en terapéutica, en las investigaciones emprendidas por M. Poiseuille, hace 30 años, sobre la acción de los medicamentos, investigaciones de las cuales deducía que estos agentes no modifican los fenómenos de la vida sino cambiando las condiciones mecánicas de la circulación; así es, decía, que una disolución de sulfato de sosa purga porque aumenta la exosmosis intestinal; que un astringente estríne, porque aumenta, por el contrario, el movimiento endosmótico etc.,

M. Poiseuille, ha dicho ingeniosamente uno de los numerosos críticos de este mecanicismo restaurado, comparara el estómago ó los intestinos de un animal vivo con un endosmómetro, es decir, con una bolsa membranosa á la que se adapta

un tubo graduado. Este reservorio se llena de agua de Sedlitz y se sumerge en un vaso que contenga suero. Este vaso está destinado á representar los vasos sanguíneos y linfáticos de los intestinos, en donde se forman y circulan la sangre, la linfa y el quilo. Nada más justo; el primer reservorio figura la cavidad misma del tubo digestivo en donde se ha introducido el purgante. Todo está bien; solamente que M. Poiseuille ha olvidado añadir á su ingenioso aparato un no sé qué, en representación del sistema nervioso; pero un físico sabe pasarse sin esto, y la prueba está en que no bien se ha administrado al endosmómetro el agua de Sedlitz, cuando ya se ha sentido el efecto purgante, de lo cual podemos convencernos observando que el líquido asciende en el tubo, indicio claro de que ha habido efecto purgante, es



decir, endosmosis, y paso por consiguiente, del suero al agua de Sedlitz

Habiendo oído decir M. Poiseuille, que la acción repetida de un mismo purgante se gastaba á la larga y acababa por no hacerse sentir, que el reposo del intestino restituía á esta sustancia su primitiva eficacia, la cual se restablecía lo mismo por la sustitución de cualquier otro purgante que por el reposo, llegó á creer que la tolerancia invocada en las enfermedades por Rasori, Giacomini y otros partidarios de la medicina italiana, era simplemente debida á que las membranas del tubo digestivo en contacto con la misma sustancia, se infiltran y hacen ineptas para dejar pasar en la misma cantidad la sustancia al torrente circulatorio. Pero lo que más especialmente ha contribuido á sostener

la ilusión de este ingenioso físico, es que sustituyendo una disolución de cloruro mórfo al agua de Sedlitz, ha estrinido en endosmómetro absolutamente lo mismo que cuando se administra esta sal calmante á un individuo atacado de diarrea. ¡Oh! por esta vez el triunfo de la endosmosis ha sido completo, y la concordancia de resultados análogos obtenidos por los purgantes vegetales y las plantas virosas con los efectos de estas mismas sustancias sobre la economía animal, en nada ha podido aumentarla. Justo es decir que muchos mentís que á estos resultados han dado los opuestos producidos por otros experimentos, tampoco le han quitado nada de su brillo. En efecto, M. Poiseuille ensayando la acción endosmótica del agua pura y del agua azucarada, comprobó que la primera estrinía, mientras que la segunda

purgaba á su aparato, resultados que nada tienen de común con los que en los seres vivos comprobamos. Pero pronto encontró las causas de estas diferencias; era que el agua absorbida por el estómago no tiene ya ocasión para producir la exosmosis intestinal, mientras que el agua azucarada (que generalmente estrine), experimentaba en el estómago acidificaciones que, cambiando su naturaleza primitiva, se comunicaban las propiedades endosmóticas ó calefacientes de muchos ácidos.

En medio de estas conquistas físicas tuvo, sin embargo M. Poiseuille un escripto fisiológico. Los purgantes llamados drásticos no le parece que obran endosmóticamente ó abandonaría, acaso la mecánica? No. Es un principio de su escuela que si los hechos vitales tienen

un punto inicial, que el físico no comprende, poseen, en cambio un número ilimitado de otros que son de su perfecta pertenencia, de donde resulta que es nuestro organismo un conjunto de bruto y animado, de espontaneidad y de inercia, que introduce en las ciencias por una parte el animismo y el mecanicismo por otra. Pero estos dos sistemas, igualmente falsos, no podrían reinar juntos; uno de ellos absorbe necesariamente al otro, según la tendencia filosófica de la época. Ahora bien; siendo mecanicista en el día esta tendencia, justo es que la física domine de hecho á la fisiología, aunque dejando para el animismo el punto inicial en cuestión, punto del que no siempre se puede prescindir, especie de Deus ex machina, que se invoca para proteger el sistema que real y científicamente domina por sí solo.

¿ Quiere esto decir que la endosmosis, por no merecer el título soberbio que Dutrochet le dio al llamarle agente inmediato del movimiento vital, velado en su naturaleza, es esto decir, repito, que no desempeñe un papel considerable en la circulación, y en los cambios de los líquidos? No, sin duda alguna; pero si en la interpretación de los hechos fisiológicos, como en la de las acciones medicamentosas, debe reconocerse parte de influencia á la acción osmótica de las membranas, á la difusión, al juego de las válvulas, á la porosidad de los filtros, á la elasticidad, etc., todo este mecanicismo sería inerte como los órganos de una máquina no animada por el vapor, sin este enormon que se llama vida. Pues bien; esto es lo que no quieren los iatro-mecánicos de nuestra época, que como

sus antecesores, se esfuerzan por encajar los fenómenos de la vida en el territorio de los hechos puramente físicos.

De igual suerte, ¿ no se nota otro sintoma del despertar de este mecanicismo en la exagerada ingerencia de la doctrina vaso-motriz para explicar los hechos terapéuticos, si quiera se vea obligada por la necesidad á echar mano, para la explicación de las contracciones y dilataciones capilares, de una modificación nerviosa, es decir, de un hecho del orden vital? Esta ingeniosa Teoría ensanchada por los trabajos de Claudio Bernard, Kroon-Seguard y Schiff, debe retenerse en fisiología, ¿ se dejará por esto de reconocer como abusivo el deseo de hacerle explicar el mayor número de las acciones medicamentosas, abuso contra el cual Vulpian mismo ha tenido que

protestar en una reciente publicación? Vasos que se dilatan y contraen bajo la acción de los medicamentos, una dotación sanguínea que aumenta ó disminuye, ¡ qué recurso tan monótono para explicar fenómenos tan variados y complejos como los que entraña la acción medicamentosa! Y, no obstante, según antes dije, nos hemos visto amenazados, si es que no lo seguimos estando, por una dicotomía vaso-motriz.

El iatro-mecanicismo está, pues, muy lejos de haber abandonado el teatro de la medicina; se manifiesta en él de tiempo en tiempo; pero desembarazado de sus moldes groseros, armado con hechos científicos de gran valía (de los que sabe abusar), cada vez reduce mejor á las inteligencias sedienta de precisión, á quienes promete expli-

caciones de tangible evidencia, al propio tiempo que de apetitosa simplicidad.

Pero al lado de este aparecido del siglo XVII, hay que colocar la iatro-química, hija de Silvio de la Poë, que ha crecido proporcionalmente, según se ha ido haciendo más grande la distancia entre la química grosera de aquellos tiempos y la sabia química de nuestros días.

Presas hoy de vértigos disculpables, pero contra los cuales debemos defendernos, la química ataca con frecuencia á la medicina, invadiendo, sin temor alguno, la patogenia y la terapéutica. Sabido es hasta qué punto se precia la química de discreta y cuánto huye de los à priori en sus aplicaciones terapéuticas, que son las que más nos importan, al propio tiempo que las más interesantes para el enfermo,

Las doctrinas im-

puras de la fermentación, la putridés,  
 la acidés y alcalinidad de los humo-  
 res eran las manifestaciones primi-  
 tivas y groseras de esta abusiva inge-  
 rencia que hace la química en el te-  
 rritorio biológico; en el día todo esto  
 se ha repudiado, pero tan sólo para  
 reaparecer rejuvenecido bajo otra for-  
 ma mas científica. Púedese, in-  
 ser ingrato con la química, á quien  
 tanto debemos y de quien tanto espe-  
 ramos, púedese recordar que todas  
 las esperanzas que nos hizo conce-  
 bir no se han realizado, ni han  
 tenido feliz cumplimiento todos los  
á priori terapéuticos fundados en  
 ella. Siempre esperamos los agentes  
 que disuelvan los cálculos, los me-  
 dios que petrifiquen el cancer por  
 inyecciones, y ordinariamente espe-  
 ramos los medicamentos alcalinos  
 ó supuestas acidescas, los disolventes

54.

á las tendencias imaginarias hacia  
 la curación etc, etc.

No son sólo la mecá-  
 nica y la química las que pesando  
 sobre la terapéutica, pretenden de ella  
 una servidumbre especial é incondi-  
 cional como precio de los servicios que le  
 han prestado; también la historia  
 natural pretende conquistarla. El  
 mundo inferior de los microzoarios y  
 de los vegetales microscópicos domina  
 hoy la etiología y se adelanta en apre-  
 tadas filas, pretendiendo absorber y  
 conquistar la parte mas importante  
 de la terapéutica. El pansarazitismo  
 actual é no será también un resubi-  
 tado á quien vimos en el siglo XVIII  
 ampararse bajo el respetable nombre  
 de Linneo? En otro tiempo se ha-  
 blaba de insectos; hoy en la etiología  
 pululan bacterias, microfitos, infu-  
 sorios, etc., la terapéutica de los mi-

crozoidas y de los exanthemata viva  
 del naturalista Sueco, amenaza a vol-  
 ver de nuevo. ¿Podría suceder otra  
 cosa dado el ardor que se emplea en es-  
 tudiar ese mundo animado inferior,  
 que poco á poco revela al microscopio  
 sus secretos y en el que los experimentos  
 relativos á la heterogenia han tenido  
 tan fructuosos resultados? La medi-  
 cina debe mucho á la historia na-  
 tural, que le ha enseñado el sarcoste,  
 de la Darna, la Triguina, los bacterios  
 del carbunculo, los dermatofitos del  
 favus, del herpes tonsurans, de la si-  
 cosis; y que le ha descubierto el meca-  
 nismo de las generaciones alternantes;  
 le debe demasiado, decimos, para que  
 hoy tenga derecho de protestar ni  
 quejarse contra las pretensiones que  
 abiertamente manifiesta la histo-  
 ria natural, para apoderarse de  
 la etiología, y por consiguiente de

## la terapéutica

Es ciertamente una situ-  
 acion muy difícil la del que se ve ro-  
 deado de bienhechores exigentes, que,  
 abusando de los servicios que han hecho,  
 pretenden por ellos someterse á una  
 intolerable servidumbre

Pero (de intento la  
 he dejado para el fin) he aqui otra  
 ciencia más próxima á la Terapéu-  
 tica, aquella que le presta servicios  
 mas numerosos y necesarios, y á cu-  
 yo progreso se encuentra indisoluble-  
 mente unida, y que es, la fisiología.  
 ¿Diré yo, olvidándome de la época  
 en que vivimos, á levantar entre ella  
 y la terapéutica una barrera que se-  
 ria un anacronismo chocante sobre  
 ser una consumada ingratitud? En  
 modo alguno; si bien lo que le debe la  
 ciencia de los medicamentos, y aun  
 espero de la fisiología tanto como

sus más fervorosos adeptos puedan esperar; pero sé también que á menudo hay en la aplicación de la fisiología Experimental, en esa ciencia conquistadora, como la ha llamado uno de sus sostenedores más eminentes, una intemperancia indiscreta, un apresuramiento embrollador que todo lo compromete; fisiología, terapéutica y enfermo; y estimo ya, aunque esto sea poner piedras ante el paso de un carro triunfal, estimo que es útil que haya quien se encargue de desempeñar el papel de ingrato.

Costengo, pues, que del mismo modo que ha habido y (hay aún) por parte de la iatro-química, de la iatro-mecánica y de la historia natural, una ingerencia abusiva en la terapéutica, de igual manera desmenuella hoy dominando á todos estos sistemas el

35.

iatro-fisiologismo, que se presenta en terapéutica con pretensiones al dominio universal.

Entiéndase claro, yo no ataco á la química, á la mecánica, á la física, ni á la fitozoología, cuyos progresos admiro, y cuya importancia limitada, pero legítima, admito en medicina. Sería preciso, después de leer este modesto escrito equivocarse voluntariamente al creerse enemigos de ellas, de igual manera no pretendo hacer el proceso de la fisiología, rama de las ciencias médicas con que se enorgullese el progreso moderno; ni, yo no ataco más que el abuso de todas estas cosas y no las cosas mismas; ataco al quimismo, que no es la química; al mecanicismo, que no es la mecánica, al naturalismo (perdonese me la palabra), que no es la historia natural; al

fisiologismo, que tampoco es la fisiología

Todas estas cosas acabadas en ismo (terminación que rima con la de la palabra filosofismo, que expresa también el abuso de una cosa excelente, de la filosofía), representan excesos y conducirían, sino se les saliera al encuentro, a un progreso negativo. Con enemigos peligrosos por la táctica que adoptan al llamar en socorro propio a ciencias venerables, con cuya máscara se disfrazan, estableciendo entre ambas causas una interesada solidaridad. Los químicos, los físicos, los fisiólogos nada tienen que ver con este ataque, que no se dirige a ellos; en cuanto a los quimiátricos, fisiátricos y fisiología-tricos, a esos es a quienes ataco

Reconozco gustoso que el dominio de la fisiología es

más dulce y aceptable para la terapéutica que el de las demás ciencias; las cosas se efectúan en cierto modo, en familia, dentro del terreno de la biología; médicos son los que hacen o preparan los descubrimientos fisiológicos en el laboratorio, como médicos son los que los transportan al terreno de la clínica; todo queda dentro del territorio profesional, y desde el momento en que esto es así, no pueden tener lugar esos choques violentos que se efectúan entre ciencias de orden distinto que quieren absorberse mutuamente. Por otra parte, tiempo vendrá en que se calmen las pretensiones terapéuticas de la fisiología, exaltadas hoy por la marcha rápida de esta ciencia, y entonces se establecerá la alianza sobre un progreso indiscutible, indefinido, pero más mesurado



en sus ambiciones y menos precipitado y tumultuoso

¿Qué otra cosa definiendo aquí, más que los dominios recíprocos de la ciencia y del arte en terapéutica, dominios limitados, o, mejor dicho, que se penetran pero que jamás se confundirán, y que es de desear, por amor a la humanidad, que nunca se confundan?

Por una parte la ciencia que los fisiólogos, los químicos, los físicos, los naturalistas, los patólogos, etc., se esfuerzan en preparar, y que preparan por medio de descubrimientos que soy el primero en admirar, y por otra parte el arte, es decir, la medicina propiamente dicha, utilizando los progresos de la ciencia por la aplicación que de ellos hace a la terapéutica, a la higiene, a la medicina legal, que con las tres

encarnaciones de la ciencia en el arte, de la verdad abstracta en la realidad práctica. Ahora bien, muy crítico es el momento en que esta encarnación se opera; intervienen en ella la precipitación, los axiomas a priori, las conclusiones apresuradas, y fácil me sería demostrar con los hechos que semejante progreso en la ciencia (progreso que dará con el tiempo sus frutos) es un retroceso en el arte, porque se utiliza o demasiado pronto o torpemente. Progreso quiere decir marchar adelante, pero no quiere decir correr. Que vaya enhorabuena la ciencia con cuanta rapidéz pueda, jamás encontraré apresurada su marcha; pero si el arte, el arte práctico que se ejerce sobre la vida humana, sobre el chorium humanum, como decía Sydenham, pretende seguirla con igual velocidad

y aprovechar todo lo que ella produzca, adquiriría un enfisema y se extraviaría fácilmente. Bacon decía que más necesita de plomo que de alas la inteligencia humana; plomo para el arte, alas para la ciencia, tal sería la distribución equitativa y saludable. Lo que sería un peligro para el arte si se impacientara por alcanzar a la ciencia, es una cualidad para ésta; la prudencia (siquiera sea un poco tímida) es una virtud para el arte, sería un impedimento para la ciencia, venturoso guía que adelanta y adelanta sin inquietarse por saber lo que será de las Tierras que descubre y que no es responsable del mal uso que de ellas se haga.

Admitida esta distinción, me encuentro completamente de acuerdo en esperanzas y entusiasmo

con los más apasionados amantes del progreso de la fisiología contemporánea, y no consentiré en sacrificar ni el menor de sus adelantos, siquiera fuese tan sólo un ingenioso presentimiento. Que la ciencia adelante, que penetre cada día más en el análisis de los elementos íntimos de los tejidos, y que estreche más de cerca cada momento los misterios ocultos de su génesis, nada más laudable y nunca se andará bastante en este camino; que el reactivo, la balanza y el microscopio persigan en los laboratorios los secretos de la vida; que hiervan las retortas, que la fibra viva palpita bajo el escalpelo; que la ingeniosidad del químico o del físico cree nuevos reactivos para la vida; todo esto es hermoso, grande; todo sirve para la obra sublime de la conservación de la vida humana, todo me entusiasma;

pero el espíritu dedicado á las aplicaciones prácticas teme á los apresuramientos y las precipitaciones, y quiere que en esta frontera que separa al arte de la ciencia, á la terapéutica de la fisiología y de las ciencias aferentes, organice una vigilancia lenta y no deje pasar con indiferencia todo lo que se presente.

Pero las intenciones no bastan, y el que se atraviesa ante el paso de los sectarios, se expone, al propio tiempo que á los ataques de éstos, que se ven inquietados en su ambición, á merecer la desconfianza de los verdaderos sabios, de cuyos trabajos se abusa, y que, sin merecerlo se ven puestos en tela de juicio. Siento, pues, la necesidad, en el proceso que torno al fisiologismo y á los fisiologiatras y no á la fisiología y los fisiólogos, necesito hallar aliados,

57.

y para ello no tengo mas dificultad que la de la elección

En un principio, ab jove principium, comienzo por Blandio Bernard, ese fisiólogo tan sagaz, tan profundo, y al propio tiempo tan lleno de esa prudencia filosófica que previene el abuso que puede hacerse en su aplicación de la menor verdad científica. Pienso, dice el eminente fisiólogo, que un médico experimentador, que á la cabecera del enfermo no quisiera emplear más medicamentos que aquellos cuya acción comprende fisiológicamente; se colocaria en un terreno de exageración que le haria falsear el verdadero sentido del método experimental. Antes de comprender los hechos debe el experimentador comprobarlos y desembarazarlos de todas las causas de

error que los pudieran anublar. El espíritu del experimentador debe consagrarse, según esto, a recoger observaciones médicas o terapéuticas empíricamente realizadas. El médico experimentador no debería ser, como parece que lo creen algunas personas, una especie de fisiólogo que esperaría, con los brazos cruzados, a que la medicina experimental se haya constituido científicamente antes de obrar en la curación de sus enfermos. La educación del sabio y del experimentador no se hace más que en el laboratorio especial de la ciencia que quiere cultivar. . . . El espíritu del naturalista no es el del fisiólogo, el del químico no es el del físico. En el estado actual de la ciencia biológica nadie tendría la pretensión de explicar completamente la patología por la fisiología; preciso es

pretenderlo porque este es el camino científico, pero hay que guardarse de la ilusión de creer que el problema se encuentra resuelto. Si se utilizan algunas semejanzas posibles entre la patología y la fisiología, para querer explicar el conjunto de la enfermedad, entonces se pierde de vista al enfermo, se desfigura la enfermedad, y por una falsa aplicación de la fisiología, se retarda la medicina experimental, en vez de hacerla progresar

Podría multiplicar estas citas; bastan para demostrar con qué esmero se defiende Claudio Bernard de las exageraciones de que no es cómplice; pero que, apoyándose en sus bellos trabajos y en el impulso que él imprime a la medicina experimental, podrían hacer fundar equivocadas opiniones sobre su pensamiento, no solamente

exagerado, sino desnaturalizado por los iatro-fisiólogos contemporáneos. Claudio Bernard se encuentra por lo tanto dentro del buen terreno filosófico

Digamos también respecto á este punto á otros fisiólogos de talento, y cuyo ardor por dotar á la clínica de elementos sacados del laboratorio, no podría ser sospechoso. M. Vulpian en su reciente obra sobre el sistema vaso-motor se expresa del modo siguiente: Si la doctrina de los nervios vaso-motores ofrece grandes vacíos é incertidumbres, concíbese cuán prudente hay que ser cuando se trata de utilizar los datos experimentales para explicar los fenómenos morbosos. Sabido es cuán á menudo se han lanzado algunos médicos de diferentes países por el camino abierto por Claudio Bernard y Brown-Séquard. Pronto se llegó

58.

á admitir que la mayor parte de las perturbaciones morbosas del organismo tenían por origen ó por mecanismo una modificación funcional de los nervios vaso-motores. La fiebre, la inflamación, las hemorragias, la dispepsia, las grandes neurosis (histerismo y epilepsia), el tétanos, algunas parálisis, la diabetes, y todos los estados patológicos, ó por lo menos sus principales síntomas, eran debidos, según opinión de estos patólogos á una perturbación del aparato vaso-motor

« En terapéutica y en toxicología ¡cuantas aserciones temerarias! El sulfato de quinina tiene una influencia favorable sobre la fiebre intermitente, porque obra sobre los nervios vaso-motores; la estrigina determina convulsiones porque provoca una dilatación de los vasos

de la médula espinal; el opio es oporífero porque estrecha los vasos del encefalo; el bromuro de potasio no ejerce su acción depresiva sobre el sistema nervioso, sino por su influencia sobre el aparato vaso-motor y así sucesivamente para todas las sustancias tóxicas y medicamentosas.

Siempre se ha luchado contra esa desastrosa tendencia, para aplicar de una manera prematura á la patología los datos inciertos aún de la fisiología experimental. La mayor parte de las aserciones que aquí se emiten, sin ninguna especie de espíritu crítico, están absolutamente desprovistas de pruebas; son concepciones de gabinete, como pudiera imaginarse cualquiera.

Otro escritor, cuyo espíritu admirablemente claro y

lucido ilustra vivamente todas las cuestiones que aborda, M. Dechambre, con quien en otro tiempo Foussagrives ha roto algunas lanzas acerca de la cuestión del fisiologismo en terapéutica, sin embargo, no le ha repudiado ménos enérgicamente. Surtese por lo siguiente; ¿se halla en la naturaleza, en la esencia de la fisiología, toda la terapéutica? Ciertamente que no. A ménos de pagarse de palabras, de contentarse con una fórmula general, declarando que todo marcha en la máquina viva por medio de motores que exclusivamente le pertenecen, y así que todo en ello es fisiológico, incluso la enfermedad, incluso la herencia morbosa; hay que reconocer que la fisiología, accesible á nuestros sentidos y á nuestra inteligencia, no podría dar toda la patología,

porque la explicacion de toda la patología seria la explicacion de la vida misma. Por lejos que pueda ir la medicina experimental, por grande que pueda hacer legitimamente el papel de los fenomenos fisico-quimicos, por adelante que pueda penetrarse en el origen de las actividades dinamicas, las más parciales e intimas del organismo, es decir, las actividades histológicas, llegará siempre á un velo espeso, detrás del cual nace y se forma un ser vivo. La fisiologia sabe y sabrá mejor en algun dia, de qué modo lleva el plasma á los tejidos, á través de las paredes vasculares, los variados elementos de su nutrición; pero el designio de conjunto, la fuerza que llama á cada elemento á su sitio invariable, que determina su composición, su volumen, su forma ulterior, y le agrega acti-

.59.

vidades especiales, esta fuerza, en fin, que forma la vida y la persécuta, ¿quién sabe puede vanagloriarse de conocerla jamás, y, por consecuencia, de poder referirla á la fisiologia?... Cuando un dato fisiológico se halla debidamente adquirido, el clinico encuentra, para aplicarle á la patología y á la terapéutica, una naturaleza más ó menos perturbada, y por el efecto de la menor enfermedad casi nada se halla para él en su debido puesto. Antes apenas si conocia de la enfermedad más que el acto insurreccional, su característica anatómica ó funcional; le precisa ahora el aplicar á la interpretación y tratamiento de estos fenomenos anómalos, las nociones que le ha suministrado el estudio de los fenomenos normales. Todo partidario ilustrado de la fisiologia patológica

no subordina, ni en la investigación experimental, la patología o la terapéutica a la fisiología; por el contrario, pone a las tres frente a frente, imponiéndoles una mutua comparación; cuando los resultados de ésta concuerdan, son poderosa garantía contra las probabilidades de error; en fin, para los prudentes, la patología y la terapéutica fisiológica son una emanación de la experiencia clínica.

Podría añadir a estos resudios explícitos del fisiologismo en terapéutica, el que formuló el Sr. Semmola, de Nápoles, en su magnífica lección acerca de la terapéutica científica y la empírica, y en la cual combatía en los siguientes términos las exageraciones del fisiologismo terapéutico; « Merecen bien que

se les censure los que reniegan y desprecian en absoluto a la tradición empírica, imaginándose que los progresos de la medicina son tales que les permitan, como verdadera ciencia experimental, el resolver los problemas de la terapéutica. Quizás lleguen días en que esto así sea; diariamente se redoblan en todas partes los esfuerzos que tienden a este fin; pero por ahora, y aún durante un período largo, no hay por qué ocultar que la mayor parte de la rigurosidad de la terapéutica la hemos heredado del empirismo. »

bres haber dicho lo bastante, por una parte, para defender a la fisiología y a la medicina experimental de los excesos que a su nombre se cometen; para demostrar por otra parte, que yo no soy ni un retardatario detenido (para servirme de la expresión de Semmola) bajo el pórtico de la observación hipocrática, ni un



aventurero que sueña con el momento en que la terapéutica, desvanecida en las ciencias que le prestan sus medios de acción, habrá perdido su autonomía y sus leyes. Quiero á la terapéutica abriendo los brazos á la fisiología; pero exijo que entre ella y el laboratorio se interpongan, como en una especie de tribunal, el buen sentido, el espíritu clínico y la tradición, ante cuyos ojos deberían pasar los a priori fisiólogos.

Sintetizando este estudio terminare diciendo; que gracias á los brillantes y maravillosos descubrimientos y auxilios de las ciencias físico-químicas y naturales y de la fisiología, la terapéutica marcha hacia un perfeccionamiento, en cuanto es posible, anhelado por tantos siglos, y que tan buenos servicios está prestando y prestará aún

más á la humanidad; pero que necesita de mucho tacto y estudio, para no caer en el abismo á que nos conduciría una precipitada carrera; esto es, necesitamos los sublimes adelantos de las ciencias auxiliares, estudiados profundamente en el laboratorio, en el gabinete y ultimamente en la clínica.

Hechas estas advertencias, que creo á ningún clínico habrán de parecer excesivas, considero con entera confianza los progresos de la terapéutica contemporánea. El error ha sido siempre para ella el instrumento de la verdad; y cada sistema, dificultando aparentemente su marcha durante algun tiempo, se ha dejado, en definitiva, el átomo de verdad que contenía, y ha servido efectivamente á sus intereses. Pasará el fisiologismo, pero persistirá la fisiología sosteniendo con la terapéu-

fica relaciones cada vez mas asiduas  
 y fecundas; en vez de declararse en  
 oposicion aparente con la observacion  
 clinica, y de hacer irrupcion en su  
 terreno, la ilustrará, le ofrecera nuevos  
 horizontes y aumentará asi el pro-  
 greso de la terapeutica, que en menos  
 de 50 años ha sabido elevarse, desde  
 el merecido reproche de Richat, al  
 estado á que hoy la vemos; y que no  
 es ciertamente sino el preludio, la auro-  
 ra de otra cosa aun mas perfecta

He dicho



Cristobal Rodriguez Tenorio y Gonzalez

A large, decorative flourish or signature line consisting of a long horizontal stroke with a large loop at the right end.